de ignorancia, de division, de fanatismo antireligiosos; mundo en que todo lo ha gastado la crítica hasta el criterio mismo, en que nada está ya en pie ni puede levantarse, y en que cada uno se retira de él, para encerrarse en su egoismo, desesperando de una sociedad que parece entregada á los dioses infernales.

Apparent diri facies inimicaque Trojæ numina.

IV.

LAS DIVINIDADES MODERNAS.

Todos nosotros rendimos sacrificio mas ó menos á estos dioses. Sobre todo, hay tres de ellos que nos poseen.

En primer lugar, el Miedo.

Lamartine ha dicho: «La Francia es una nacion que se fastidia.» Mas exacto sería decir, que durante ochenta años, la Francia, tan impávida en los campos de batalla, es una nacion que tiene miedo y que se causa miedo ella misma.

Este es el siglo del miedo.

Desde el orígen de la Revolucion y en sus diversas fases, como si se hubiera cometido un atentado contra el órden eterno de las cosas, ha dominado constantemente el miedo, compañero asíduo del remordimiento sufrido y de la censura merecida.

Todos los crímenes de la primera Revolucion, y *del Terror* que llegó á ser su régimen fueron especialmente obra del miedo:

No tienen mas Dios que el miedo,
Tan pálido y tan bisojo.

Decia Andrés Chemier.

El Imperio lo dió á conocer primeramente con el crímen de Vincennes, requerido por el miedo, y á medida que hacíamos temblar á la Europa con nuestras victorias, se convertian estas para nosotros en mónstruos de miedo por el presentimiento de las causas de desquite y de invasion que iban amontonándose. El gran Emperador tenia miedo de la libertad en el interior y de sus conquistas en el exterior. Hízolas al principio por ambicion, y las prosiguió por miedo, especialmente la campaña de Rusia. Precipitóse en ella por miedo.

La Restauracion fué un miedo recíproco de la revolucion y del antiguo régimen.

El régimen de Julio fué un tejido de precauciones dictadas por el miedo, el miedo de la legitimidad, de la demagogia y de la libertad católica.

Despues de las ansias de la segunda república y de las sangrientas jornadas que hicieron cernerse el miedo sobre toda la Francia, esperando de hora en hora lo que saldria de ella en París, los partidos se observaban con temor uno de otro, siendo únicamente el miedo quien arrojó la Francia á los pies de Napoleon III, así como fué el miedo á la revolucion lo que le dejó hacer todo cuanto nos há precipitado en ella.

¡Actualmente, no necesito decir hasta qué punto somos presa del miedo! Todos nosotros tenemos miedo. ¡Y cosa extraña! tenemos miedo á un tiempo mismo del mal y del bien; sí, del bien. A punto de zozobrar, tenemos miedo de la salvacion. Tenemos miedo de Dios,

asi como en otro tiempo, se tenia miedo de los aparecidos, pues hoy tenemos la supersticion sin tener la religion respecto de él.

¿Y por qué? Porque ya no la tememos, no tenemos ya ese temor filial y noble que nos libra del miedo vil del esclavo, porque nos coloca en el órden eterno y nos hace participar de su inviolabilidad.

El crímen de la Francia es el haber salido de este órden eterno por medio de la Revolucion, que fue sobre todo contra Dios. Desde entonces sufre su pena; está mal consigo misma y con todo. Tenga ó no conciencia de ello, esta es la explicacion del enigma y de todas las calamidades que la justifican. Somos esclavos del miedo, porque somos vasallos de la cólera.

La Francia ha podido esclamar, como la Fedra de Racine:

¡Ah! ¡del crímen horrible cuyo oprobio
Me sigue por do quier, jamás pudiera
Mi triste corazon coger el fruto!

Ojalá no tenga que añadir:

Hasta el postrer suspiro perseguida
De infortunios sin fin, exhalo ahora
Una vida infeliz entre tormentos (1).

Hay otra divinidad del siglo que no ha cesado de agrandarse y que tiene en el dia proporciones deshonrosas. Dejo á un revolucionario el cuidado de nombrarla y de calificarla:

«El pueblo de 1789, dice M. Edgardo Quinet, era

(1) *Fedra*, acto IV, escena VI.

mas ignorante que el que le ha sucedido. Sin embargo, era incomparablemente mas inteligente respecto de las grandes cosas; consistiendo la esplicacion que comprende todas las demas en que tenia un objeto mas elevado: tenia un corazon mas digno. De ahí era que veia y media con claridad y desde lejos los pliegues y repliegues del horizonte que se escapan necesariamente á aquellos cuya mirada es menos atrevida..... El engaño y la burla entre los antiguos y aun en la edad media, iba mezclado de sencíllez y de imaginacion. Hémosle quitado estos dos compañeros y hémosle dejado sin velo, quedando de él únicamente la Necedad desnuda que es una divinidad esencialmente moderna..... (1).»

En el siglo XVII se comenzaba á decir: «Sin Dios, no hay juicio (2);» pero esto solo se referia á casos individuales. Desde la Revolucion, y conforme ha ido progresando, ha tenido que referirse al caso de todo un pueblo.

El pueblo, en otro tiempo, no solamente tenia agudeza de ingenio, esa agudeza ática que es la sal del sentido comun, sino que el pueblo era como el depósito del ingenio, á donde acudian á proveerse nuestros mejores autores. No se le podia engañar fácilmente, antes por lo contrario, era él quien penetraba todas las ridiculeces de la clase elevada y quien la tenia á raya por temor á sus agudezas. Era este un terrible poder que debia tenerse en cuenta, y que templando la monarquía, no le permitia degenerar en despotismo. Esto consistia en que el pueblo era demasiado creyente para ser crédulo. No

(1) *La Revolucion*, t. I, p. 204.
(2) Saint-Simon, t. I, p. 151.

era tan ignorante como dice M. Quinet: era de la clase mas instruida, hallándose enterado de las verdades primeras, que comprenden á todas las demás, y por esto era, como lo reconoce el mismo escritor, *incomparablemente mas inteligente en los asuntos importantes.*

¿En qué ha venido á parar ese mismo pueblo, y quien podria reconocerlo en el dia? La pérdida de aquellas verdades que constituyen precisamente el buen sentido, porque forman el criterio del entendimiento y si se puede decir así, el cristalino del ojo intelectual, es uno de los signos mas alarmantes de nuestra triste época. Perdemos la vista; el dia declina; llega la noche con sus tinieblas; y puede aplicársenos en lo moral lo que dice Virgilio de los signos sensibles que acompañaron la muerte de César.

Impiaque æternam timuerunt sæcula noctem.

Y lo mas espantoso es que de todas las nociones de que oscurece esta ignorancia, la que menos comprendemos es la nocion de esta ignorancia misma. Como el mal es general, nadie lo advierte. Un hombre que pierde la vista y vive entre los que la gozan perfecta es advertido de su achaque á causa de ser el único que se halla en las tinieblas. Pero si todo el mundo se vuelve ciego, pasa la ceguera en cierto modo al estado normal, que es tanto mas incurable cuanto que nada viene ya á advertirlo.

Pero lo peor de nuestro estado no es que no veamos nosotros, sino que vemos equivocadamente y al revés, teniendo toda la infatuacion que si hubiéramos hecho un descubrimiento, y calificando esto de CIENCIA! Fantasmas

impuros han ocupado el lugar de las luminosas realidades. La fantasmagoría nos alimenta con sus quimeras é ilusiones, siendo las mas inverosímiles y absurdas las que tienen la probabilidad de ser creidas. Y como no faltan mágicos, como las muchedumbres hambrientas á causa de la perdida de sus verdades con que se les ha defraudado, se arrojan en los errores á que se les ha reducido y que lisonjean sus malos instintos, no hay nada á que no den crédito por necesidad y en odio á la verdad á un tiempo mismo. No es esto pues solamente el dominio de las tinieblas, sino el reinado de los espectros; y para hacer á nuestra desventurada época la aplicacion moral de los siniestros prodigios que señalaron el cataclismo romano, puede decirse con igual certeza:

...et simulacra modis pallentia miis
Visa sub obscurum noctis, pecudesque locutæ,
Infandum!

Esto es lo que ha convertido el gran arte de gobernar en el arte de burlarse del pueblo, y de conducirle á donde se quiere por medio de los mas absurdos prestigios é ilusiones.

Esto es lo que se ha visto sobre todo en los dias de la Commune de París, y bajo otra forma, se ha estendido despues á la Francia entera.

Este pueblo, que se distinguia de todos los demás por su mas feliz armonía del ingenio y del buen sentido, ha sido trocado ó afectado de estupidez y de idiotismo. ase abrazado con monstruos. ¡Deberemos recordarlos! Picpus, San Laurentio, Nuestra Señora de las Victorias, etc. Los misterios de la penitencia de la mas angelical caridad transformados á sus estúpidas miradas, en

misterios de impudor, de ferocidad y de maldad!... Y por toda la Francia, el diezmo, la servidumbre de vasallaje, las cédulas de confesion, el derecho señorial evocados y agitados de las urnas electorales, y decidiendo de la eleccion de los que deben regir los destinos del país...!

He aquí lo que se ha hecho de este gran pueblo á fuerza de ocultarle por tanto tiempo la verdad, y de hacer que solo llegase á sus oidos la mentira, á fuerza de alimentarle con veneno.

¡Oh! ¡cuán culpables son los que le han envilecido de tal suerte!

Finalmente, para reducirme, señalaré tan solo todavía entre las divinidades modernas una, respecto de la cual la muchedumbre justificaria en nuestros dias lo que decia Bossuet del mundo pagano: El Odio.

Si hay algun rasgo distintivo del carácter francés, es seguramente la sociabilidad. Este rasgo provenia, como lo observaba un viajero inglés del último siglo, de nuestro temperamento esencialmente monárquico. El amor constituia el fondo; el amor del rey, de la patria, de la parroquia, del hogar, circulaba en todas las clases y las enlazaba y unia en una familia, cuyas querellas y agravios tenian consecuencias sensibles pero jamás llegaban á un rompimiento, gracias á ese buen espíritu de transaccion cuya historia es la de nuestro país, y que se componia de una feliz mezcla de sumision y de altivez, de resignacion y de revindicacion, equilibradas en ese amor á la cosa pública que existia en todas las clases y en todos los grados.

Este carácter es el que se nos presenta la víspera de 1789 segun hemos visto en las Actas ó poderes de los

diputados. La revolucion ha venido á sofocarlo, rompiendo súbita y violentamente el lazo comun. Ha inspirado el odio y lo ha inaugurado como espíritu de las generaciones nuevas: asi es que nosotros procedemos del odio; sentimiento antifrancés, antisocial, antihumano:

El odio ha tomado en el dia, en el pueblo, proporciones formidables, infinitas en cierto modo, como es infinito su principal objeto, Dios. La sociedad no tiene en el dia mas que una forma, el odio, que hace de ella una conspiracion y un estado de guerra contra la misma sociedad. La Communne no ha sido otra cosa, y al herirla en sus actos mas criminales, no se ha hecho mas que concentrar y acumular este odio social que ruje y se exhala por mil respiraderos, que se cree un deber dejarle abiertos y por medio de los cuales se conserva y se propaga. *Es ese pozo del abismo de donde se eleva una humareda que oscurece el sol y que inficiona el aire.* (1)

Este horrible sentimiento jamas ha retrocidido durante 80 años y ha ido siempre en aumento. No se ha detenido en los abusos de la antigua sociedad: dirigióse desde entonces á toda superioridad, arrastrando en su rabia lo que podria llamarse la arboladura de la nave. Posteriormente no ha permitido, al parecer, que se verificaran simulacros de aquella sociedad sino para alimentarse con su destruccion sucesiva. No ha hecho pactos, con este objeto, con el estado llano, haciéndole ascender, sino para precipitarlo á su vez. En el dia se dirige á la armazon misma de la nave. Háse hecho radical y desea con ansia la destruccion por medio de la destruccion misma, por

(1) Apocalipsis cap. IX. 2.

puro odio, por odio hasta á los despojos y ruinas. No le han bastado las desgracias de la patria, porque esta puede levantarse todavía, y despues de todo, no entra en sus miras solamente la patria, sino toda la sociedad, en la cual comprende y detesta todo: Religion, Patria, Poder, Familia, Propiedad.

¡Y sobre todo Religion! homenage supremo tributado por el odio social á esa madre de las sociedades, y, notemos bien esto, que solo se dirige al catolicismo!

El sacerdote, el papa, hé aquí lo que lleva todo el peso del odio social, y lo que por sus desgracias y sus virtudes, dignas de la simpatía y de la admiracion del universo, condena cuotidianamente á todos los autores y á todos los órganos de este odio, al mas indigno de todos los oficios; el de la injusticia, de la mentira, de la calumnia, de la vil y cobarde desercion del derecho, de la completa abdicacion de los intereses nacionales ante el estranjero, contra su propia razon y su propia conciencia. ¡Bien castigados estan por donde han pecado, si les queda, como me complazco en creerlo, algun sentimiento de honor y de dignidad!

Hay en este odio contra el sacerdote, odio que ha llegado á su extremo en el dia, una enseñanza y una advertencia sobre los que creo deber insistir.

El sacerdote católico es *naturalmente* odioso: *odio generis humani*, como decia Tácito de los primeros apóstoles, con un sentimiento enteramente pagano. Cuando Condé, al ver subir al púlpito á Bourdaloue, decia: «¡Atencion¡ ¡hé aquí al enemigo!» espresaba corrigiéndole admirablemente por su derrota, que no era otra cosa que una victoria sobre sí mismo, una palabra profundamente verdadera, y que debiera tomarse en nuestros dias á la letra:

El sacerdote católico, en efecto, es por su estado, el enemigo activo y permanente del mal que hay en nosotros. ¿Cómo en su consecuencia no habia de ser este mal mismo su enemigo? No es solamente porque el sacerdote se llama el *justo*, como Arístides, por lo que debe ser proscrito; sino porque, como el JUSTO por excelencia cuyo ministro es, tiene la pretension de querer justificarnos.

Este es su crímen; esto es lo que le vale *ser puesto como signo de contradiccion*, como su divino jefe, y lo que le hace que lleve por todas partes y de continuo esta palabra que Jesucristo dice á todo sacerdocio católico en sus apóstoles, al enviarles *como ovejas entre lobos*. SEREIS BLANCO DE ODIO Á CAUSA DE MI NOMBRE (1).

Pero esta es tambien la prueba y el título del verdadero cristianismo, esclusivamente propia del catolicismo. No es odiado por las pasiones antisociales sino porque las combate; no las combate sino porque es santo; no es santo sino porque es verdadero, verdaderamente divino. Pruebase esto odiándole; pues la espuma honra al freno (2).

(1) S. Mat. X, 16, 22.

(2) Comprendo la noble tristeza de aquella señora protestante, por no ver á ninguno de sus pastores perseguidos, como lo ha sido el sacerdote católico durante la Commune. Felicitando á MM. de Pressensé y Guillermo Monod, por las dos bellas cartas que escribieron entonces en favor de nuestros sacerdotes encarcelados, y en que se ofrecian en su lugar, diré, sin amenguar el mérito de esta oblacion, que no corrian el riesgo de su gloria. Esta gloria se halla siempre reservada al *mayor de la casa* que no la ha abandonado y á quien el padre de familia dice

Escuchad esta declaracion de la Commune en una de sus comunicaciones á La Internacional..... «Desembarazada del ejército y de la policía, elementos de la fuerza física de los antiguos gobiernos, la Commune se ocupó en quebrantar la *fuerza superior espiritual*, *el poder de los sacerdotes*.....» Y todavía se recuerda aquella escena de Monseñor Darboy al comparecer ante Raul Rigault, que, medio vuelto de espaldas, le dijo, como única acusacion: «Durante mil ochocientos años nos estais encarcelando y atormentando!» Asi pues, en el Evangelio, el espíritu inmundo atormentado tambien á la sola vista del Salvador, gritaba por boca de los poseidos: «¡Déjanos! ¿qué hay de comun entre nosotros y entre tí, Jesús de Nazareth? Tu has venido á perdernos, yo se quien eres, el Santo de Dios (1).»

Este mismo odio es el que, del Hombre-Dios, se extiende y se dirige durante mil ochocientos años del hombre de Dios, al sacerdote. Sin embargo, despues de haberse saciado á este odio con la sangre de un millon de confesores y de haberle amansado con los prodigios de su santidad, el cristianismo habia conseguido civilizar á Europa. El odio al sacerdote domina en el fondo de las sociedades. La Revolucion vino á dispertarlo, desencadenando todas las pasiones antisociales que lo motivan: posteriormente ha ido agrandándose con estas. En nuestros últimos gobiernos, no ha cesado el sacerdote de ser víctima de la calumnia y del ultraje, hásele arrojado á las fieras. En esto consiste su gloria y el oprobio de quien se la ha formado, oprobio tanto mas grande cuanto que era una villanía, puesto que no se le entregaba de esta suerte sino para librarle del furor revolucionario, cuando precisamente se hallaba demasiado espuesto á este furor.

estas palabras: *Hijo mio, tu estás siempre conmigo y todo cuanto tengo es tuyo*, mi cáliz y mi cruz. (S. Luc. XV, 31.

(1) S. Mat. VIII, 29.

Han llegado los dias nefastos de la Commune. El sacerdote, á pesar de tanta ingratitud, no ha faltado á su mision social, asi como no habia faltado á su mision patriótica. Una sola cosa, quizá, ha frustrado el supremo triunfo de la Commune, y en la última hora nos ha valido, en el órden superior de la reversibilidad del sacrificio; su terrible represion; tal es su crímen supremo; el asesinato de esas nobles y santas víctimas espiatorias de nuestras desgracias; de ese gran clero mártir, tan vilipendiado por los miserables á quienes reanima con su caridad, tan vigilado por los Políticos y los Prudentes á quienes aventaja por la elevacion de su celo, y que, despues de todo, el primero en los campos de batalla para levantar á nuestros heridos, el último en nuestras ciudades insurreccionadas en los puestos abandonados por el deber, se halla siempre pronto á prestar á la sociedad una muralla formada con su cuerpo, un soplo de vida de su alma, y un rocio de misericordia y de redencion de su sangre.

¿Quién no hubiera creido que el odio del sacerdote se habria, ya que no estinguido, por lo menos aplacado en su sangre? Pues bien, no, este odio ha llegado á ser de cada dia mas salvaje. Tal vez se dirá que esto solo ha sido una libacion de esa sangre que se aspira siempre á derramar. Nuestra época, como decia últimamente un periódico que no es nada blando con el sacerdote es

hierófoba. Y decia esto, á propósito, no de esas escenas de violencia y de ultraje que todavía espantan á nuestras ciudades, ó de esos feroces ahullidos de los periódicos radicales contra el sacerdote, sino á propósito de los discursos pronunciados en la tribuna nacional en una grave discusion por dos representantes, uno de los cuales era precisamente uno de esos pastores que, bajo la Commune, habian tenido por lo menos el tacto de interceder en favor de nuestros sacerdotes encarcelados.

Sí, nuestra época es *hierófoba*; y esto es un signo antisocial. Porque, insisto en hacerlo notar, lo que se odia en el sacerdote, lo que le vale ese ostracismo y esa proscripcion que propenden, aun entre los revolucionarios moderados, á hacerle desaparecer de todas partes, es que representa, que lleva en sí mismo, no solamente la fé enteramente íntegra, sino el derecho, la justicia, el respeto, el deber, el patriotismo, la abnegacion, la libertad: todos los elementos sociales destruidos ó minados por do quiera, y resistiendo todavía en él solo: es que constituye la *fuerza represiva espiritual* de la sociedad y su última muralla, y que él solo sabe hablar, obrar, padecer, y morir por ella.

De tal suerte, que puede decirse, que el odio del sacerdote es el termómetro exacto del peligro social y que, segun sube ó desciende aquel, se aumenta ó disminuye este peligro.

«Los pueblos que no tienen sacerdotes son comunmente bárbaros,» ha hecho observar con suma exactitud el autor del *Espíritu de las leyes*. ¿Qué debe pensarse pues de los que, sacados de la barbarie por sacerdotes, tales como los nuestros, se hallan dominados contra ellos

de un odio mortal? ¿Qué viene á ser un mundo que proscribe ó deja proscribir al supremo sacerdote en su tipo mas admirable y en quien brilla esa solidaridad que he indicado existir entre el sacerdote y la sociedad? ¿Qué puede esperarse de una sociedad que desde la alta posicion de hija primogénita de la Iglesia, se precipita en la Commune y se hace, en cuanto puede, no solamente *hierófoba*, sino *teófoba?* ¿No es esta una sociedad que se odia á sí misma, y que como el Ayax *furioso* de la tragedia antigua, se entrega á los Euménides por haber despreciado á los dioses, y vuelve contra su seno la espada que no quiere deber á su poder?

No disguste á los que en una época de crisis suprema para la Francia y para la Europa, no querrian ver que se daba á las cuestiones tales proporciones: pues esto constituye *la órden del dia*. La cuestion revolucionaria ha llegado á ser actualmente en primer término y para la Revolucion una cuestion de religion, la de la religion misma. La cuestion social se halla enteramente empeñada en la cuestion divina. He aquí lo que voy á demostrar, al examinar esta cuestion social, no ya en sus síntomas, sino en sí misma y en su fondo.

VI.

LA CUESTION SOCIAL.

La sociedad contiende en el dia con todo aquello cuya razon de ser no advierte. Asi pues, la sociedad no vé, no encuentra ya en si la razon de ser; y por esto contiende con todo y se subleva desde sus cimientos hasta su cúpula.

¿Y porqué no ve ya la razon de nada?